

PANORAMA GEOPOLÍTICO DEL MUNDO ACTUAL

ESTADO-NACIÓN, GLOBALIZACIÓN Y COVID-19

La actual pandemia de COVID-19 ya ha alcanzado más de 40 millones de infectados en la faz de la Tierra y más de 1 millón de muertos, su impacto en las actividades económicas es colosal, igual que en la demografía, medioambiente, relaciones sociales, investigación etc. Pero hay un campo el de la política que es importante analizar, pudiéndonos preguntar cómo ha afectado la pandemia a la estructura política, y más realmente al actual proceso de globalización, que puede haber sido afectado por la pandemia y suponer una relativa vuelta al Estado-nación. En este comentario vamos a hacer una reflexión sobre este hecho por lo que se planteará diacrónicamente.

El Estado-Nación

Para comprender que es un Estado-nación hay que partir de la Paz de Westfalia (1648) que vino a superar en el viejo continente la estructura piramidal de tipo feudal-hereditario que predominaba en el mismo desde el Medioevo. En dicho tratado que finalizó con la Guerra de los Treinta Años fue imponiéndose lentamente el llamado Estado-nación hasta los años ochenta del siglo XX, es decir, el mundo occidental estuvo regido por el equilibrio entre naciones. En la décadas de los años ochenta y noventa del siglo pasado se inicia un proceso de globalización que abarca hasta nuestros días, cuestionándose la idea de Estado-nación, dicho proceso entra en crisis en la actualidad, pudiendo preguntarnos cuál va a ser el futuro de la organización mundial: ¿la vuelta al nacionalismo, que motivó en el siglo XX dos guerras mundiales?, ¿la formación de bloques político-económicos supranacionales como la Unión Europea y la Euroasiática o el intento fallido de Mercosur? ¿La existencia de amplios espacios dominados y controlados por grandes potencias económicas como ocurre con Latinoamérica respecto a EEUU? . Y África ¿cuál va a ser su porvenir?

El susodicho tratado puede considerarse el primer congreso diplomático moderno e inició un nuevo orden político internacional basado en el concepto de soberanía nacional, estableciéndose el principio de la integridad territorial, fundamento de la existencia de los estados, frente a la concepción feudal de que territorios y pueblos constituían un patrimonio hereditario. El Estado-nación, por tanto, es una forma de organización política que se caracteriza por tener un territorio claramente delimitado, una población relativamente constante, y un gobierno. Pero no obstante, las naciones, grupos humanos iden-

tificados por características culturales, tienden a formar Estados con base a esas similitudes.

Cómo indica Bremer, en Westfalia se configuran las reglas de un nuevo orden político y social. La convivencia de las religiones institucionales, las nuevas normas que enriquecieron el derecho de gentes o derecho internacional y la modernización de la política trascienden hasta nuestros días. Por tanto, este nuevo orden supuso la quiebra del universalismo católico medieval representado por el Sacro Imperio Romano Germánico, acabándose con la política centralizadora introducida por el Imperio Austriaco y con sus intentos de unificar la luterana Alemania bajo el credo católico. El poder soberano de los príncipes alemanes en asuntos políticos y religiosos quedó reforzado en perjuicio de las dietas imperialistas.

Europa evoluciona con estos parámetros hasta la Revolución Francesa (1789) que terminó con la implantación del régimen napoleónico y su imperio, primer intento de unificar los territorios europeos por la fuerza bajo los preceptos de la Revolución Francesa. Tras el Congreso de Viena se volvió a las normas de Westfalia y al equilibrio europeo que a mediados del siglo XIX unos hechos van a alterar: la aparición de nuevas naciones, Alemania e Italia paralelas a la Revolución Industrial. Desde el XIX la idea de Estado-nación sale de los límites de Europa occidental y se va extendiendo por el orbe. A ello hay que añadir el surgimiento del Estado Socialista, primero con la URSS y posteriormente en otras naciones, que supuso reprobación la idea de Estado-nación burgués y capitalista para competir con éste por el control del mundo.

Este equilibrio westfaliano se rompe con las dos guerras mundiales que arrasaron el viejo continente, y que representan el enfrentamiento entre dos capitalismo el liberal y totalitario. Para explicar este último hay que acudir al economista Paul Sweezy que en su libro *Teoría del desarrollo capitalista* analiza el mecanismo socioeconómico por el cual se generan las fuerzas que hicieron subir los fascismos al poder. Las clases burguesas, para defender el capitalismo en países donde el sistema estaba amenazado por la guerra, el paro, la luchas sociales, recurrieron a un capitalismo totalitario, donde desaparecían la libertades formales, y se incrementaba la intervención del Estado en conexión con los intereses económicos representados por las grandes empresas. Este fue el caso del fascismo italiano, al nacionalsocialismo alemán, el corporativismo portugués, el franquismo en España, en las primeras décadas del siglo XX.

Meses antes de la finalización de la Segunda Guerra Mundial EEUU se diseñaron diversas instituciones comerciales, monetarias y crediticias internacionales para la refundación del capitalismo, que había sufrido crisis, la última y más grave la de 1929. Su objetivo era reglamentar, desde el punto de vista del derecho internacional, su predominio en los asuntos mundiales. Se crearon organismos como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Todas estas instituciones vieron la luz en la llamada *Conferencia de Bretton Woods* (1944), que reunió a representantes de 44 naciones durante 21 días en la localidad de Bretton Woods, estado de New Hampshire (EEUU). Los ins-

piradores fueron el británico John Maynard Keynes y el norteamericano Harry Dexter White. Por último, se había previsto la constitución de un tercer organismo económico mundial, la Organización Internacional de Comercio (OIC), que no se aprobó. Tres años después, en La Habana (1947), se firmó el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT). En 1995, el proceso culminaría con la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que se ocupa de las normas que rigen el comercio entre los diferentes países. Su objetivo es ayudar a los productores de bienes y servicios, a los exportadores e importadores. Pero esta institución está al servicio del capitalismo global, así que atiende únicamente a los intereses de un número reducido de naciones y no ayuda a los países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

Éstas instituciones evolucionaron paulatinamente a un proceso de globalización, como puede observarse en la enumeración de intenciones cuando se constituyó la Comisión Trilateral (1973) bajo el patrocinio de David Rockefeller. Su objetivo era establecer unas grandes líneas de colaboración entre EEUU, Europa y Japón. En 1975 se declaraba que la Comisión Trilateral espera que, como feliz resultado de la Conferencia, todos los gobiernos participantes pondrán las necesidades de interdependencia por encima de los mezquinos intereses nacionales o regionales. Zbigniew Brzezinski, Consejero de Seguridad Nacional de EEUU durante el período 1977-1981, manifestaba a la prensa en 1976 que en nuestros días, el estado-nación ha dejado de jugar su papel. Con mucha mayor claridad se explicó David Rockefeller, fundador de la Comisión Trilateral, al afirmar que de lo que se trata es de sustituir la autodeterminación nacional, que se ha practicado durante siglos, por la soberanía de una elite de técnicos y financieros mundiales. Se pretende imponer, pues, una tecnocracia al servicio de la oligarquía económica, que establece organismos supranacionales en función del control económico mundial.

La Globalización y la crisis del Estado-nación

De esta forma se llega al proceso de globalización, nombre que se da a la más moderna, según Sampredo, avanzada y amplia forma del mercado mundial. Es un sistema en el que se ha liberalizado al máximo la circulación de los flujos financieros y monetarios; con ciertas limitaciones y controles los movimientos de mercancías y, más restringidamente, los desplazamientos de trabajadores. El objetivo de los operadores no es tanto incrementar la producción de bienes para elevar el nivel de vida colectivo como multiplicar sus beneficios aprovechando diferencias en los tipos de cambio. En ocasiones se llega incluso a provocar o explotar desestabilizaciones y hasta crisis monetarias con auténticos ataques especulativos, que los gobiernos afectados no pueden atajar por la superioridad de recursos de los atacantes, y porque los poderes políticos han renunciado, y renuncian cada vez más, a su capacidad de legislar contra tales operaciones.

Realmente, la globalización es una inmensa reestructuración de los sistemas de explotación y de distribución del producto mundial. Ofrece como resultados negativos un in-

menso crecimiento de la pobreza y el agotamiento de los recursos naturales, produciendo una degradación medioambiental. Este capitalismo global no es, pues, más que la globalización de la miseria y la destrucción del medio ambiente, porque su fin es el despojo de los medios de producción a las grandes mayorías, que no tienen otra opción que contribuir a la acumulación a través de la venta de su fuerza de trabajo. Supone el libre movimiento de capitales en el mundo. Ese movimiento conlleva el dominio de las economías de las naciones por entidades financieras y corporaciones multinacionales.

Frente a esta situación se han alzado muchas voces, como la del geógrafo brasileño Milton Santos (2000) quien califica a la globalización de perversa. También Joseph Stiglitz (2002), premio Nobel de Economía, denuncia los devastadores efectos del neoliberalismo sobre los pueblos. Para él, la globalización tiene un efecto contrario a los intereses de la Humanidad porque ha ensanchado la brecha entre países pobres y países ricos. Además ha resultado un sistema adverso para las sociedades que no llegaron a la era de la industrialización, puesto que las ha condenado a la pobreza.

Para el economista egipcio Amin (1989) tras la globalización se esconde una ofensiva del capital, que quiere aprovecharse de las nuevas relaciones de fuerza que le son más favorables para aniquilar las conquistas históricas de las clases obreras, obtenidas en el periodo que abarca desde el fin de la segunda guerra mundial hasta la desmembración de la Unión Soviética y sus satélites. A partir del derrumbe de la URSS el triunfo del capital es total y este encuentra condiciones más favorables para dar marcha atrás en los logros de los pueblos. Amin propone que los países subdesarrollados se "desconecten" del sistema capitalista mundial. Esta necesidad de desconectarse no está planteada en términos de autarquía, sino que lo que se pretende es poner en pie un internacionalismo de los países subyugados por el capitalismo planetario.

La globalización va a suponer si no una superación del Estado-nación sí una readaptación del mismo a las nuevas características del orden mundial en cuanto que se impone un marco en que las naciones están rebasadas por este proceso, creándose un espacio único dirigido por técnicos y financieros. Durante siglos el Estado-nación fue la única institución que se encargó de la instauración de reglas nacionales e internacionales de intercambio comercial siguiendo el modelo liberal-capitalista, pero la globalización hace casi imposible el desarrollo del nacionalismo como elemento de cohesión nacional.

Hasta el proceso globalizador los Estados eran responsables de diferentes áreas gestión, comunicación, pero sobre todo defensa y seguridad. Actualmente, los Estados ya no tienen un monopolio de la fuerza, como demuestra el crecimiento del terrorismo transnacional y los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Por primera vez en la historia la seguridad nacional sólo puede lograrse de forma efectiva si los Estados-nación se unen y agrupan recursos, tecnología, inteligencia, poder y autoridad. Sí el enemigo común para los Estados capitalistas era el comunismo actualmente es el terrorismo.

Para Velázquez Becerril y Perez Perez son cuatro las características de la economía internacional que afectan y transforman al Estado nacional:

1. La inversión ya no está sometida a limitaciones geográficas. En este momento, sea cual sea el lugar del mundo en que se asiente, si la oportunidad es atractiva, el dinero llegará a ella.
2. En segundo lugar tenemos que la industria tiene también una orientación mucho más global en la actualidad que la que tenía antes. La deslocalización industrial es un ejemplo de que los empresarios buscan el lucro indagando países o regiones más baratas en el proceso de producción.
3. El movimiento tanto de inversiones como de industrias se ha visto facilitado en gran medida por la tecnología de la información, que hace posible que hoy una empresa pueda operar en diferentes partes del mundo sin tener que construir un sistema empresarial completo en cada uno de los países en los que tiene presencia.
4. Los individuos consumidores también han adoptado una orientación mundial. Los consumidores cada vez desean más productos, mejores y más baratos, vengan de donde vengan.

Este proceso de globalización ha sido posible por tres causas. Por un lado está la desaparición de la URSS. Soviéticos y estadounidenses eran los representantes de dos sistemas políticos opuestos, comunismo y capitalismo. Alrededor de estos dos colosos se creó un sistema de alianzas que condujo a la bipolaridad, que está magníficamente analizada por Gustavo Rosales en el libro *Geopolítica, Geoestrategia. Liderazgo y Poder*. Al caer el mundo comunista, sólo han quedado el primero, cada vez más rico, y el tercero, cada vez más pobre y esquilado por el otro. Además, la globalización no necesita ya el dominio militar del espacio sino del control del mismo (pero sin olvidar acciones militares puntuales), que se ha desarrollado mediante la utilización de las denominadas Técnicas de Información y Comunicación (TIC), la revolución informática y el control por los satélites del espacio geográfico. Por último, alienta el proceso de globalización la difusión e imposición de las teorías neoliberales.

Crisis de la Globalización. El impacto del COVID-19

Este proceso globalizador ha sido cuestionado por la contestación social y política representado por el nacionalismo y el populismo. La aparición de movimientos radicales anti sistema supone un revulsivo al capitalismo planetario.

A ello se añade una propensión de ascenso de fuerzas nacionalistas y de extrema derecha frente al orden global y contra la clase dominante que lo respalda. Este es reciente caso de Bolsonaro en Brasil. En Europa ha empezado a darse un giro hacia la derecha

con tres gobiernos derechistas: Polonia, Hungría y Bulgaria, además de la salida de Reino Unido de la Unión Europea (Brexit) reforzada por la mayoría conservadora obtenida por Boris Johnson en diciembre de 2019.

A este resurgir de la extrema derecha, que debilita el proceso globalizador, hay que añadir un hecho que ha emergido como un terremoto y está arrasando el mundo: la pandemia de COVID-19, que se ha extendido por el planeta. Como indica Ramonet estamos padeciendo en nuestra propia existencia el famoso "efecto mariposa": alguien, al otro lado del mundo, se come un extraño animal y tres meses después, media humanidad se encuentra en cuarentena. Esto es una prueba de que el mundo es un sistema en el que todo elemento que lo compone, por insignificante que parezca, interactúa con otros y puede influenciar el conjunto. La respuesta inmediata a la crisis sanitaria no ha sido totalmente global sino nacional, se han adoptado diferentes soluciones en cada nación, resurgiendo en cierto sentido la potencialidad del Estado-nación, que se constituye como garante principal de la salud de las personas y sujeto activo de la gestión de la crisis sanitaria.

Nos podemos preguntar si este protagonismo nacional corresponde al declive de lo global y supranacional. En este contexto, el coronavirus parece haber dado más importancia a lo nacional ya que ha sido el Estado quien ha marcado las reglas del comportamiento social: movilidad, confinamiento, medidas sanitarias como prohibición de reuniones, uso de mascarillas, hidrogel, etc. Incluso han existido divergencias entre estados centrales y regionales o autonómicos. Como afirma Pol Morillas, Director del CIDOB probablemente el recurso a lo nacional sea necesario para frenar la curva de contagios del Covid-19, dado que son los Estados los principales responsables en materia de política social, sanitaria o de control de fronteras. Este recurso revela asimismo un retorno a lo conocido: un sistema de Estados articulador de las relaciones internacionales desde la Paz de Westfalia, y con el que, bajo perspectiva histórica, no pueden rivalizar unas instituciones internacionales frágiles y con menos de un siglo de historia.

Pero no todo es nacional en la crisis provocada por el COVID-19, empezando por la pandemia en sí misma que se ha expandido en pocos meses por todo el mundo. Hay que tener en cuenta que la Organización Mundial de la Salud marca las pautas y consignas a seguir. La investigación para una nueva vacuna se desarrolla en grupos de investigación transnacionales. Los planes de estímulo deberían enmarcarse en las reglas de instituciones financieras internacionales. Las cadenas globales de valor influyen tanto como los confinamientos nacionales en la capacidad productiva de las empresas, muchas de ellas en cierre forzado por falta de suministros desde Asia.

China ya ha ofrecido a Italia y a España equipamiento médico. La cancelación de eventos deportivos y ferias depende de las decisiones de instancias internacionales. Tampoco gusta a las fuerzas populistas la revalorización de los expertos y el uso de datos científicos para la gestión de la crisis, así como la atención pública que recibe el mensaje

político y sus mensajeros, los líderes políticos, cada vez que comparecen proponiendo un nuevo plan de choque

Por tanto, ni el Estado-nación sale totalmente fortalecido con la crisis del coronavirus ni estamos ante el repliegue definitivo de lo global y supranacional. Como siempre, ambos niveles conviven. En la UE, la capacidad de acción común en materia sanitaria o de control de fronteras es mucho menor que las prerrogativas de los Estados miembros. No obstante, sí falta una mayor coordinación europea de las medidas para “aplanar la curva”, en las iniciativas para asegurar el abastecimiento de material médico en el mercado único y en el liderazgo para activar un ambicioso paquete fiscal y de inversiones

La cuestión que se plantea es si la crisis de la globalización va a determinar un resurgimiento del Estado-nación que se presenta cada vez con mayor ímpetu ante el globalismo imperante. Pero el capitalismo globalizado, que está en fase de decadencia, conjuga un poder político y económico casi totalitario con una agresividad cada vez más intensa acercando de manera inquietante el riesgo de guerra generalizada. Lo evidente es que los países imperialistas del Occidente histórico (Estados Unidos, Europa Occidental, Japón) no van a permitir a otros Estados emergentes salgan del marco impuesto por ellos saliendo de las periferias dominadas. La tensión entre Occidente y Rusia, China e Irán, es el núcleo de una nueva remodelación violenta del mundo en provecho de las burguesías occidentales.

Con mayor o menor grado de globalización es claro que el capitalismo y los intereses económicos de las grandes potencias controlaran y articularan los espacios geográficos aprovechando las nuevas tecnología, dictarán las normas de producción, cambio, distribución y consumo de los bienes materiales. El manido esquema explotador-explotado se está cambiando a controlador-controlado.

Clemente Herrero Fabregat
Universidad Autónoma de Madrid